



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.

Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.

Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.

D. Juan Vidal de Llobatera.

D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazábal.

D. Manuel Rodríguez Maillo.

D. Gabriel J. Llompert.

D. Carlos Cruz Rodríguez.

D. Reynaldo Brea.

Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.



32182

ARCHIDUQUESA MARIA INMACULADA,
MADRE POLÍTICA DE DOÑA BLANCA DE BORBÓN

¡EN LA BRECHA!

ESTE es el puesto de honor del buen soldado. Y el carlista, que se precia, con razón sobrada, de ser el mejor del mundo, el más leal y subordinado, no desconoce sus deberes, ora se trate de pelear como guerrero, ora de luchar como ciudadano que hace uso de un derecho.

La Legalidad ó cosa parecida que hoy impera, nos otorga el de tomar parte en la Cosa pública, dando los votos á los candidatos que nos plazca.

El Rey, ó en Su Real Nombre sus mandatarios, designaron ya los que deben llevar á las Cámaras la voz del pueblo genuinamente católico y español. A votar, pues, donde se mande, y á dar nuestros votos á los candidatos oficiales de nuestra Comunion.

La próxima lucha, por más que pacífica, guarda paridad con la armada. A ciegas nos toca, en una y otra, obedecer al que dió la voz de mando, y quien sumiso no la acate, reo será de traición.

Ni amistades personales, ni compromisos de localidad, deben retraer al buen carlista de acudir á las urnas á favorecer con el sufragio á los candidatos del Partido. Aunados, podemos dar un paso trascendentalísimo para el triunfo de nuestra Causa, que es la de la verdad y de la justicia.

Al que osado fuere hasta el punto de desconocer sus deberes en la presente campaña, no se le podrán aplicar, es cierto, las leyes militares; pero la honrada conciencia de sus correligionarios le marcará con el estigma del cobarde ó del traidor.

A votar, pues, y que si los amaños del Gobierno, como es muy posible, nos arrebatan algunos laureles, que jamás se diga que nuestra indiferencia fué causante de la derrota.

Sábelo Dios, EL ESTANDARTE REAL, más que la voz de ¡A las urnas!, quisiera poder dar la de ¡A las armas!, pues en la guerra se libran batallas más decisivas y suele el enemigo presentar su pecho con más nobleza; pero obedientes siempre á la voz del Rey, cumplimos gustosos sus mandatos, acatamos su voluntad soberana, segurisi-

mos de cumplir con la Patria y con Dios, cuya defensa sacrosanta nos obliga á permanecer siempre y con ojo avizor en la brecha.

F. DE P. O.

APUNTES SOBRE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL

Creación y organización de la fábrica fundición de cañones en Arteaga (Vizcaya).—Operaciones en la Provincia.—Importancia de la posesión de Bilbao y Portugalete para los Carlistas.—Marcha de los Batallones de Guipúzcoa á Vizcaya, con Elfo y Dorregaray.—Movimientos del General en jefe republicano y su embarque para Santoña y Laredo.—Preparación del sitio de Portugalete y demás sucesos hasta fin del año 1873.

EL Capitán García Gutiérrez fué destinado á Vizcaya para organizar ó, mejor dicho, crear una Batería de montaña, previo acuerdo con el Comandante general de la Provincia. Llevaba como Teniente al alumno D. Carlos León, y á los de igual clase D. Ilidio y D. Germán García Pimentel, que ayudaron al primero tanto en la parte militar como en la científica, especialmente León, á quien sólo faltaba un semestre de estudios para terminar su carrera cuando la disolución del Cuerpo. Hallábase, pues, García Gutiérrez en la anteiglesia de Castillo y Elejabeitia dedicado á la organización de su Batería, cuando recibió orden del Comandante general interino del Señorío, D. Castor Andéchaga, de que se personase en Arrigorriaga, donde se encontraba. Cumplió aquél lo ordenado, y el referido Brigadier Andéchaga le encargó la creación de una fundición de cañones y maestranza de artillería, á cuyo fin le invitó á visitar algunas de las existentes en el país, que pudieran adaptarse al objeto por sus condiciones particulares y por su situación al abrigo de un golpe de mano del enemigo. Habiéndole manifestado Gutiérrez la necesidad que tenía de buenas herramientas y primeras materias, dicho Brigadier se encargó de proporcionarlas, valido de su natural influencia de vizcaíno y de su autoridad superior en la Provincia. Partió García Gutiérrez, y entre las muchas fábricas que visitó, hubo de fijarse en una á dos kilómetros de Zornoza, propiedad del Sr. Jáuregui. Esta fábrica cumplía con la mayor parte de las condiciones que se deseaban, no sólo por su situación topográfica distante de Bilbao y demás puntos ocupados por el enemigo, sino por disponerse en ella de un espacioso local, hornos, fraguas, tornos, máquina de vapor de 30 caballos y rueda hidráulica de 40, sin contar multitud de herramientas y efectos utilísimos para la nueva industria á que se la iba á destinar. Enterado de la elección el Brigadier Andéchaga, dirigió el siguiente oficio al Capitán Gutiérrez:—«Arrigorriaga, 16 de Octubre de 1873.—Con objeto de atender »cuanto antes á la rápida fabricación de cañones, y »para que V. se encuentre constantemente sobre ella, »he dispuesto que pase con la Batería á Zornoza, en

»cuya parte encontrará gran parte de los elementos
 »necesarios para aquella construcción, pudiendo em-
 »pezar desde luego á procurarse los que en aquel lo-
 »cal falten y V. necesite.—A fin de que con brevedad
 »se atiendan sus pedidos, remítame la lista de lo que
 »es más preciso para empezar desde luego á trabajar,
 »para mandárselos.»

Antes de la elección de la fábrica citada, habíanse cruzado intrigas, recomendaciones y multitud de exigencias para que no llegara á establecerse, cuyas influencias dejáronse sentir en mayor escala cuando hubo recaído la elección definitiva. A tal extremo llegaron, que ni la fuerza de carácter del Brigadier, ni su perseverancia en obtener cañones rápidamente y á toda costa, bastaron para impedir quedase sin efecto la orden que acabamos de copiar, decidiéndose por último que la Fundición y Maestranza de Artillería se instalasen en Arteaga, en una ferrería vieja de San Antonio de Ugarte. A la vista tenemos una Memoria, de la cual no podemos menos de transcribir á la letra algunos párrafos, de cuya autenticidad respondemos, por haber sido testigos de la veracidad de su contenido:—«Jamás se ha visto una fábrica en peor estado
 »para tanto trabajo como se deseaba y la gran rapi-
 »dez con que se quería ejecutar. Años hacía que esta-
 »ba parada, y así lo decían sus derruidas paredes, sus
 »enmohecidos cilindros laminadores, su agrietado y
 »casi hundido horno de reverbero, el encenagado cau-
 »ce de una rueda hidráulica medio podrida, y los es-
 »combros que aquí y allá impedían el paso. Sólo la
 »energía y entusiasmo del Brigadier Andéchaga daban
 »aliento para emprender aquella obra: todo lo facilita-
 »ba; para todo proporcionaba recursos.»

A pesar de sus múltiples ocupaciones, apenas pasaba día sin que aquél visitase la fábrica, allanando obstáculos, haciendo venir operarios inteligentes, no sólo de los Batallones de voluntarios, sino paisanos, animando á todos, desembarazando primero la fábrica de lo inútil y estorboso, sacando partido de todo y haciendo que el Capitán Gutiérrez pudiera hacer marchar la cuestión científica al abrigo de su popular autoridad. De este modo, en un mes escaso, se dió fuego al horno de reverbero, no sin antes haberse sacado los escombros por peones y artilleros, haberse construído un horno nuevo con las planchas del viejo, haberse preparado los tornos y demás maquinaria, atendiendo al establecimiento de un cubilote, á la recomposición de herramientas, y allegando, por último, braseros, campanas, calderos y cuantos objetos de cobre y estaño podían producir el bronce para los cañones y morteros que se proyectaban. No contribuyeron poco al lisonjero resultado que llevamos expuesto, D. Andrés Pradera, D. Lino Ulibarri, el citado Sr. Jáuregui, así como Nicolás Zulueta y Primitivo Hernández, Maestro mayor de montajes el primero y Maestro forjador el segundo, para los trabajos de Maestranza. Asimismo se estableció un taller de moldaría en arena, habiendo preferido este sistema al de moldeo en barro, por la falta de operarios idóneos y por la mayor rapidez que aquél permitía, y se construyeron también cajas de moldear.

La fosa con paredes de ladrillo y fondo de chapa de hierro dió muy buenos resultados, así como el cubilote y un magnífico taller de carpintería, dotado con doce bancos y un torno; el de forja, con cinco fraguas y dieciséis tornillos para limadores, y un departamento para la construcción de ruedas, y dos grandes tornos para barrenar y torneare morteros y cañones.

Excusado es decir el ímprobo trabajo intelectual y moral que el establecimiento de Arteaga produjo en el Capitán García Gutiérrez en breve tiempo, y las luchas que tuvo que sostener para la implantación de la nueva industria que se estableció en Vizcaya. Algo más nos extenderíamos sobre el particular, si no temiéramos lastimar la modestia de tan digno Jefe y del alumno León, que con toda la fuerza de su inteligencia le ayudaba. Para concluir, diremos que tanto las bocas de fuego, como los proyectiles y el material de guerra que salió de Arteaga, se construyó sin planos; por lo cual casi puede asegurarse que fueron inventos hijos tan sólo de su inteligencia y de los imperfectos recuerdos que conservaban de sus estudios en la Academia de Segovia.

Fundióse el primer cañón el día 28 de Noviembre de 1873, al cual siguieron hasta cinco lisos, de 12 centímetros, cuatro de montaña, de rayado poligonal, y cuatro morteros. Más adelante, ocho de esta última clase y cuatro piezas largas de ocho centímetros.

La Maestranza, por su parte, construyó carruajes para todas estas piezas, tres cureñas de plaza y costa, afustes para los morteros y una cureña de respeto, con su correspondiente armón. Dotó á todas estas bocas de fuego de cuantos juegos de armas les eran necesarios, como atacadores, escobillones, espeques y juegos de medidas para pólvora, chifles, cucharas, guarda-fuegos, plomadas, etc., dos cabrias, una cureña con su armón, modelo 1868, de batalla, y tres carruajes para cañón de 10 centímetros, con otros varios efectos.

El taller de fundición se ocupó en alimentar de proyectiles todas las citadas bocas de fuego durante los sitios de Portugalete y Bilbao. Vamos ahora á ocuparnos en la cuestión administrativa. Asimismo se construyeron en él todos los herrajes que llevaban los carruajes referidos, y aun las piezas grandes y pequeñas que hubo que ir reemplazando en la maquinaria de la fábrica.

En el taller de máquinas se barrenaron y tornearon los cañones, tornillos y cuantos herrajes lo necesitaron, así como un cañón de hierro forjado, por ser empeño de la Diputación de Vizcaya; pero contra el dictamen del Capitán Gutiérrez. El tiempo dió la razón á éste, porque estaba tan mal calculado el cañón, y sobre todo su espesor de metales, que hubo de reventar en las pruebas que con él se hicieron.

También se estableció en Arteaga un taller de pirotecnia, en un edificio cercano á aquélla, bajo la dirección del ingeniero industrial D. Guillermo Guillén, el cual produjo los efectos siguientes: siete mil espoletas de bomba, cientos de granada de 8 y 10 centímetros, piedra de fuego, camisas embreadas, lanzafuegos y otros artificios.

La administración de la fábrica se hallaba á cargo de un delegado especial de la Diputación del Señorío, cuidando de proporcionar recursos para el pago de los operarios y primeras materias. Dicho administrador llevaba su libro de entradas y salidas, lo que proporcionaba más independencia á la dirección facultativa de García Gutiérrez y se hallaba más en armonía con las leyes y el modo de ser de las Provincias Vascongadas.

No concluiremos este trabajo, debido en su mayor

parte á los datos oficiales que el hábil director de la fábrica nos ha proporcionado, sin mencionar al diestro dibujante D. Blas Lumbreras, que pasó después á Azpeitia con el mismo cargo, y que dibujó acertadamente todo el material de artillería que se construyó en Arteaga, y aun mucha parte del que luego se fabricó en Azpeitia y el procedente del Extranjero.

Por término medio hubo en Arteaga 34 carpinteros, 16 fundidores, 6 forjadores, 28 limadores, 4 torneros y peones hasta completar el número de ciento. Sus ha-



Sitio de Bilbao.—Batería de Solocoeche.

beres eran de cuatro reales los voluntarios, catorce los paisanos y hasta 20 los maestros.

Después de la acción de Velabieta, dejamos á las divisiones republicanas de Loma y Moriones ocupando Tolosa, Andoain y líneas de San Sebastián y Oria; á los Batallones carlistas (excepto los de Estella y algunos de Vizcaya) en los alrededores de Tolosa, Cestona, Aizaruazabal, Itumoz y Aya, ocupando los puntos y posiciones que impedían el paso de sus enemigos á Azcoitia, donde se hallaba Don Carlos, y Azpeitia, y el que pudieran correrse aquéllos al interior de las Provincias, encerrándolos en un semicírculo, sin más salida que el mar.

Ignoramos si la actitud de las fuerzas carlistas en Guipúzcoa, ó las noticias que recibiera el general Moriones del proyectado sitio de Portugalete, fueron los motivos que le impulsaron á embarcarse en dirección de Santander, cosa que debía serle sumamente dura llevar á cabo; el hecho fué que el 28 de Diciembre embarcó la división que desde Navarra trajo para so-

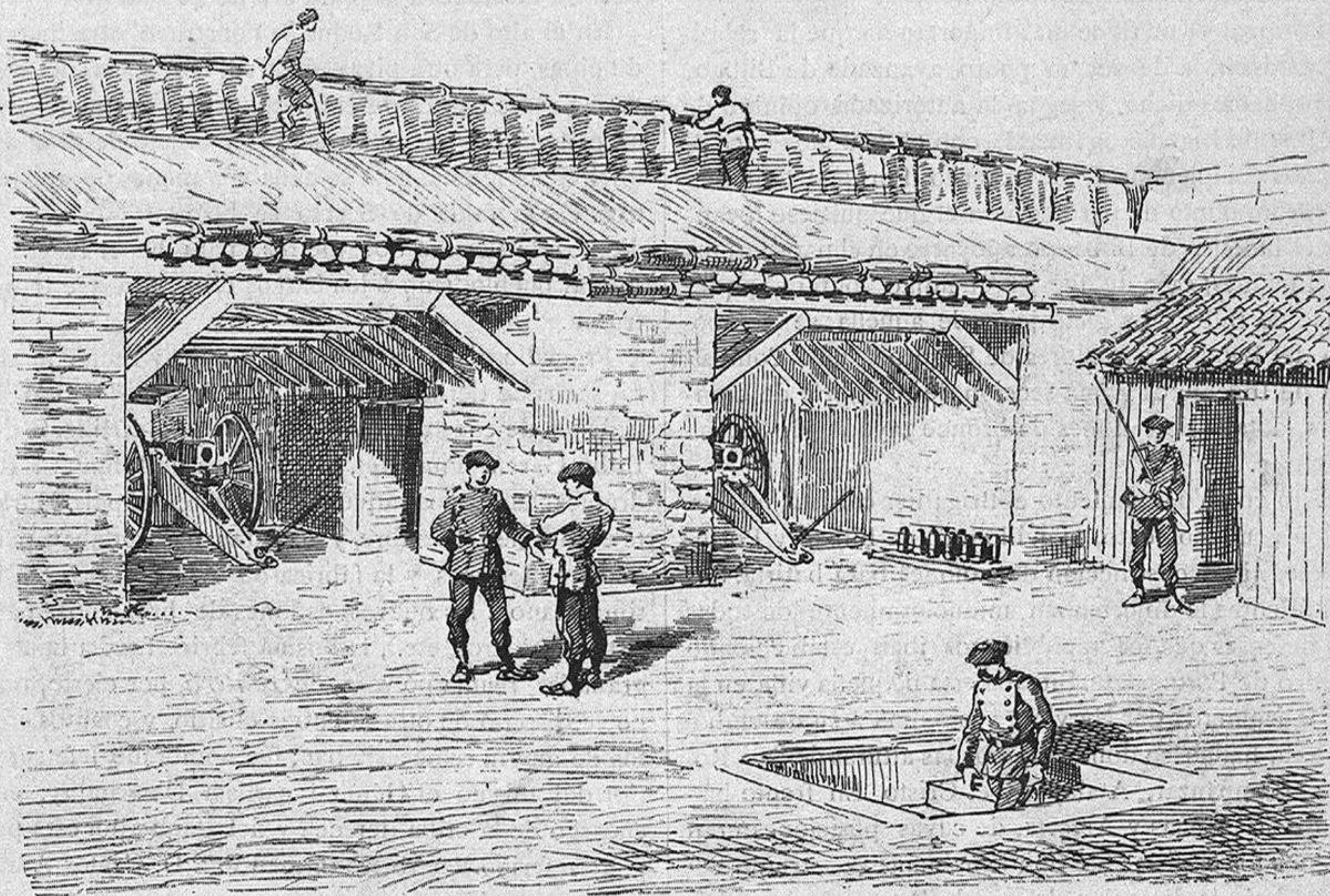
correr á Tolosa, en Guetaria y San Sebastián, desembarcando en Santoña y Laredo.

Antes, sin embargo, de decidirse á dar este paso, el día 18 intentó romper la línea carlista, de acuerdo con el general Loma, atacándola por Orio y Guetaria, apoyando á la vez una vigorosa salida de la guarnición de Tolosa. Avanzaron, pues, en el primer momento; la columna que salió de este último punto llegó á Hernialde, que saqueó é incendió, así como los pueblos de Aduna, Cizúrquil y Asteasu lo fueron después de la acción de Velabieta. El ejército liberal ocupó Zarauz y Orio, siendo detenido en Aizarua por el 5.º de Guipúzcoa y algunos batallones que allegó el general carlista Dorregaray. También intentaron avanzar por la carretera de Berástegui, que defendieron bravamente los navarros mandados por Ollo. Rechazados en toda línea, la división Loma volvió á sus anteriores posiciones, la guarnición de Tolosa volvió á ser encerrada en la plaza y el general Moriones decidió, por último, un embarque. Conocido, sin embargo, este

movimiento por los carlistas, hicieron un cambio de frente, dejando sólo al general Lizárraga en Guipúzcoa, y corriéndose los batallones navarros, alaveses y vizcaínos al valle de Somorrostro, con los Generales carlistas Elío y Dorregaray á su cabeza. Su objeto era impedir á todo trance al General en Jefe republicano que pasase á Portugalete y Bilbao para restablecer esta línea, llevando la guerra á Vizcaya, donde podía ser fácilmente socorrido por el ferrocarril de Santander. Consiguióse el objeto por los carlistas, cabiéndole al

General Olo la suerte de llegar antes que sus enemigos á las Encartaciones, tomando posesión de Salta Caballo, monte que era la llave de las posiciones sobre Castro-Urdiales, y acantonando sus navarros y la batería de montaña en Talledo, Trucíos y Otañes. El General vizcaíno Velasco ocupó San Juan de Somorrostro, y el Jefe de Estado Mayor General Elío se estableció en Valmaseda y Sopuerta con el resto de los Batallones carlistas.

Llegados á este punto, réstanos dar algunos detalles



Interior del reduto de San Juan de Arandigoyen, sobre Villatuerta.

sobre el estado en que se encontraba el sitio de Portugalete por D. Castor Andéchaga. En ninguna ocasión se conoció tanto el estudio de la primera guerra civil como en los sitios de Portugalete y Bilbao. Cuantas veces se intentó tomar esta villa en aquella, tropezóse con su centinela avanzado Portugalete. No nos detendremos en encarecer lo mucho que valta la posesión de Bilbao para los carlistas. Tanto su situación como su riqueza, y la considerable exportación del hierro que encierran en su seno las elevadas montañas, la hacían cuestión de vida ó muerte para el naciente partido, máxime cuando, no una, sino varias potencias de Europa habían asegurado reconocer la beligerancia carlista en el momento que hubieran entrado victoriosos en Bilbao. Todos los Jefes del ejército, sin embargo, habían desconfiado de obtener Bilbao; únicamente D. Castor Andéchaga, con aquella fé en el triunfo de la Causa y con aquella pertinacia propia del carácter vizcaíno, habíase empeñado en considerar que la posesión de Portugalete primero, y

la de Bilbao después, serían la más segura y poderosa base del engrandecimiento de la Causa que defendía. Escarmentado también por lo que había pasado en la primera guerra civil, había tomado el mando de los Batallones encartados y algún otro vizcaíno, en la firme idea de apoderarse de la capital de Vizcaya, empezando por Portugalete.

Dió principio, pues, D. Castor Andéchaga por establecer la incomunicación de Bilbao por la ría, porque el ferrocarril de Tudela se hallaba cortado hacia tiempo. Luchana, El Desierto y Portugalete eran los tres puntos que había que incomunicar con Bilbao. Desatendiendo los dos primeros, dirigióse D. Castor al último, logrando entrar en él en 1.º de Agosto; pero viéndose obligado á salir de ella con su fuerza, ante el socorro que había enviado el Gobernador de Bilbao á la guarnición. No habiéndose podido sostener los carlistas en Portugalete, entraron en Deusto, Olaveaga y Zornoza, con objeto de acumular fuegos y dominar con ellos el paso de la ría y la consiguiente comunica-

ción con Portugalete. Los vapores que trataban de impedir estos movimientos, tuvieron que blindarse para resistir el fuego con que eran hostilizados en sus periódicos viajes para relevar y abastecer los destacamentos liberales citados, temibles aquéllos por su número y por ser dirigidos desde parapetos bien escogidos y defendidos. El Coronel de Marina Patero púsose en el mes de Septiembre á las órdenes de Andéchaga, por mandato de D. Antonio Dorregaray, para ayudarle y excogitar el mejor medio de cerrar la ría, por las condiciones especiales de su profesión.

Portugalete no tiene más importancia que la relativa, es decir, la de ser un punto avanzado de Bilbao, como hemos dicho, y según la autorizada opinión de un Jefe de Ingenieros liberal, con el cual nos encontramos completamente de acuerdo. Portugalete pudiera ser un punto de partida para el que quisiese levantar el bloqueo de Bilbao, ó apoyarse en él para futuras operaciones, caso de que su enemigo lograra apoderarse de Bilbao. La guarnición de aquélla se componía del Batallón Cazadores de Segorbe, una Compañía de Ingenieros y una sección de Artillería de montaña, dotada de cañones de bronce rayados de 8 centímetros.

Fijo en su pensamiento el Brigadier carlista, no descuidaba un momento, ni el bloqueo de Bilbao y Portugalete, ni la construcción de cañones para batirla. Sus confidentes le informaban minuciosamente de todas las defensas que los republicanos iban estableciendo dentro de Portugalete. Situada esta pequeña villa en la orilla izquierda del Nervión, y próxima á su desembocadura, hallábase dominada por las alturas de San Roque, Campánzar, Atalaya y el Cristo. En frente hallanse las Arenas y Algorta, de cuyas posiciones eran dueños los carlistas, en donde habíanse construído Baterías bajo la dirección del citado Patero; en los montes y alturas citadas se habían establecido trincheras por los carlistas, para defenderse en regulares condiciones de los fuegos que los liberales les hacían desde la casa de los Pellos, Escuela, Ayuntamiento, y sobre todo desde la torre de la iglesia, que dominaba una gran extensión de terreno.

Los liberales, con más inteligente dirección, por disponer de oficiales facultativos del ejército, trabajaban á su vez fortificando convenientemente la torre de la iglesia, que era de bóveda y sostenida por gruesos pilares de mampostería, aspillerando la casa-fuerte de los Pellos, cerrando con barricadas las avenidas de algunas calles, aprovechando tapias sólidas, construyendo espaldones y traveses y poniendo á Portugalete ne buen estado de defensa, según los medios que tenían disponibles y que les aconsejaban los deberes de su profesión.

Mientras tanto, los carlistas no permanecían ociosos; pues retardándose en Arteaga la fundición y conclusión de los nuevos cañones de bronce, hizo D. Castor Andéchaga desenterrar algunos de los viejos de hierro que habían servido hacía muchos años para amarrar los barcos, arreglarles el ánima y disponerlos para el ataque. El 6 de Diciembre se hizo acompañar el Bri-

gadier carlista por el Capitán de Artillería García Gutiérrez, verificándose un prolijo reconocimiento, del que resultó cerciorarse de las defensas que el enemigo había acumulado en Portugalete, y de que ya dejamos hecha mención.

Conocida la clase de artillería de batir de que se disponía, eligióse el alto de Campánzar para situar dos piezas de hierro de 13 centímetros, y una poligonal. Su objeto principal era batir una pieza de montaña que los liberales tenían colocada en la casa de los Pellos. Su distancia á la plaza era de 400 metros.

En el alto de San Roque se construyó otra batería de pipas, para otra pieza de á 13, con el fin de batir varias casas fuertes de enfrente, y otra segunda para un cañón de á 12, de bronce, con objeto de tirar á la torre de la iglesia. Esta se hallaba á menos de 200 metros. En la falda de Sestao se hizo otra batería de dientes de sierra á 800 metros, para hacer fuego, no sólo al pueblo, sino á los barcos de guerra que le protegían.

Procedióse acto continuo á acopiar y reunir madera, sacos de tierra para revestimientos, dirigiendo los trabajos de construcción el Teniente de Artillería don Ilidio García Pimentel, y el Alférez de Infantería Rodríguez, haciéndose aquéllos por gente del país. Durante el mes de Diciembre, y mientras se levantaban parapetos y merlones, y la fábrica de Arteaga daba la última mano á los nuevos cañones de bronce (de campanas, calderos, etc.), la misma fábrica fundía balas y granadas, reunía pólvora, de *cantera*, por cierto, pues no se dispuso de otra mientras el sitio, y cuantos efectos de guerra se necesitaban; fué nombrado Jefe superior del mismo el General carlista Dorregaray; éste encargó de la orilla derecha y del ataque por esta parte al referido Patero, confirmando á D. Castor Andéchaga en la dirección del ataque por la izquierda. En las Arenas se colocaron dos piezas poligonales, de montaña, un mortero de 27 centímetros y un cañón liso de á 12.

Entre la Artillería carlista de batir que tomó parte en el ataque, merecen especial mención dos cañones de hierro, uno de 14 y otro de 15 centímetros, sin cureña (pues los otros dos de hierro las tenían de las llamadas de plaza) y sin muñones. Para éstos hubo que construir un montaje especial, compuesto de fuertes vigas, formando una especie de basamento, en cuyo centro hubo que colocar una horquilla de madera y hierro, giratoria, y un poco elevada sobre aquél, para poder apuntar; cuando esto se hacía, la culata se apoyaba sobre un montante vertical, sujeto fuertemente, para evitar que al retroceso se saliese la culata de su lugar. Aparato era éste por demás ingenioso, y que fué debido á la inventiva del Capitán García Gutiérrez, que personalmente dirigió las operaciones del sitio en la orilla izquierda de la ría, ayudado del Teniente D. Germán García Pimentel. Su hermano D. Ilidio y el Capitán D. Nicanor Zaldúa (1) marcharon á las

(1) Don Nicanor Zaldúa, natural de Bermeo, había mandado en la primera guerra civil la artillería carlista que, á las

Arenas á las inmediatas órdenes del Coronel carlista Patero.

A fines del año 1873 fué nombrado Comandante general de Aragón D. Antonio Lizárraga, sustituyéndole en el mando de Guipúzcoa el Teniente general carlista D. Hermenegildo Cevallos, quedándose en ella con cuatro batallones. En Navarra se organizaban los Batallones 7.º, 8.º, 9.º y 10.º, á las órdenes del General Argonz, pues ya dijimos que su Comandante general se encontraba en Vizcaya con cinco Batallones, así como Mendiri con cuatro alaveses. El Batallón Aragonés acabó también de organizarse en los alrededores de Estella, tomando su dirección el Coronel procedente de Cuba D. Carlos Boet. El General de Vizcaya Velasco habíase trasladado también con sus Batallones á Somorrostro. En esta situación quedaron las fuerzas carlistas al finalizar el año 1873.

ANTONIO BREA.

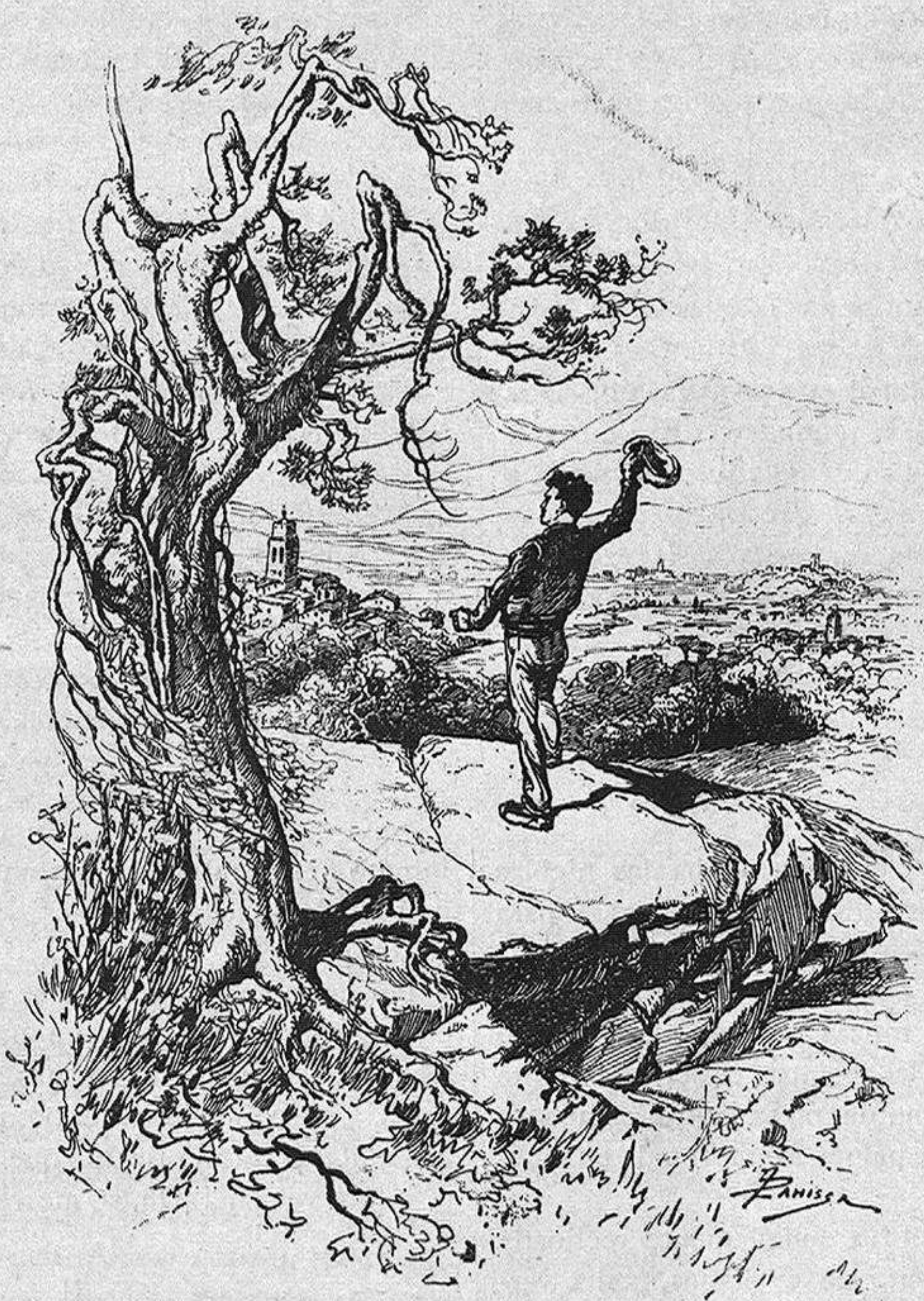
HIJO Y PADRE⁽¹⁾

(HISTORIA VERDADERA)

I



HA en las montañas de Santander, no lejos de la costa, un delicioso valle. Blancos pueblecitos le bordan á trechos; sírvele de cabellera un bosque de encinas; orlan su frente nieves perpetuas; salpica su regazo la más variada flora, y baña sus pies en el Ebro, que no es allí ciertamente el Ebro dominador y soberbio, sino un pobrísimoy por demás humilde muchacho, tímido las más veces, juguetón otras, pero no siempre inofensivo. El verdadero nombre del valle nada importa á la ge-



órdenes del general D. Miguel Gómez, había cruzado desde Asturias á Gibraltar. En Portugalete y Bilbao cimentó la reputación adquirida, siendo nombrado después gobernador de Bermeo, su ciudad natal y donde se hallaba avecindado cuando se inició la última campaña.

(1) No dudamos será del agrado de todos nuestros lectores, aun de aquellos que lo hayan visto en el Almanaque de la Biblioteca Tradicionalista para 1891, la publicación de este interesantísimo episodio, cuyas preciosas ilustraciones las dibujó expresamente para EL ESTANDARTE REAL el conocido artista Sr. Pahissa.

neralidad de mis lectores, aunque importa, y mucho, al que escribe estas líneas; pero como de algún modo hemos de bautizarle, le llamaremos Valleumbroso.

Amanecía apenas un día de julio del año 1834, cuando por un áspero sendero que serpentea en la montaña, caminaba ligeramente un joven. Vestía el humilde traje de los montañeses del valle, y cubría su cabeza la tradicional boina blanca de los ejércitos carlistas.

Había algo que prevenía irresistiblemente en favor del gallardo mozo, de prócer estatura, de robustos y ágiles miembros, y de rostro moreno y simpático. Su mirada, empero, asustaba; no era torva y atravesada, sino fija, invariable y tenaz, como si un solo pensamiento dominara los actos todos del mancebo y fuera su mirada símbolo fiel del pensamiento. Comprendíase

á primera vista que una horrible desgracia había venido á agostar en flor la lozanía de sus veinte años, dando á sus ideas distinto giro y nuevo rumbo á sus acciones.

Aspera en demasía era la senda, verdadero camino de cabras, embarazado á veces por troncos de árboles y cortado otras por bulliciosos y profundos torrentes, que se precipitaban de lo alto de la montaña; pero nada de esto debía importar al ágil montañés, que proseguía rápido su marcha, despreciando los obstáculos que el terreno oponía á su paso y salvándolos con pie ligero y maravillosa destreza.

Llegó, pues, el mancebo á lo alto de la empinada cuesta, y antes de abandonar tal vez para siempre aquellos risueños parajes, enderezó una última mirada hacia lo que dejaba á su espalda.



Había ya amanecido, y el sol arrollaba las nieblas que cubrían el paisaje, como se arrolla una gasa para dejar descubierto un cuadro. Galano estaba el valle con sus verdes praderas, por las que se deslizaba jugueteón el Ebro, con sus rojizas mieses, que agitaban las matinales auras, con las blancas casitas de veinte aldeas, agrupadas en torno de otros tantos campanarios, como se agrupan las palomas en torno de un montón de trigo.

En la opuesta orilla del río, muellemente reclinada en la falda de un montecito de avellanos, podía verse á La Quintana, pequeña aldea de treinta casas. Allí se fijaron las miradas del montañés: en el espeso bosque de avellanos, en las blancas casitas del pueblo. Sobre el terrado de una de ellas creyó ver un blanco cendal que se agitaba: nadie más que él le hubiera visto; pero él le vió, debió verle, porque llevó sus manos á la boina y la agitó durante breve rato.

En tanto, sus ojos continuaron secos, y ni su faz se

inmutó ni se contrajeron sus músculos: daba en verdad miedo aquella su estoica serenidad, su impasible continente.

Por un momento sus ojos se posaron en el bosquecillo, y rompió entonces en una sarcástica risa, que resonó en el monte de encinas, y en el valle, y en las casas, y se extinguió en el bosque. Alejóse luego velozmente, al mismo tiempo que murmuraba:

—¡Me vengaré! ¡Oh, sí, me vengaré!

II



MÓNICA y el tío Andrés, propietarios de unas cuantas tierras de pan llevar, eran las dos más honradas personas de La Quintana; cosa ciertamente de no pequeña maravilla, por tratarse de un pueblo donde todos eran, y continúan siendo, honradísimos

Él, sencillo y francote; ella, buena y caritativa; él, cristiano viejo; piadosa ella, y ejemplares ambos.

Andrés no tenía enemigos, y lo que es más, no podía tenerlos. En cambio todos le estimaban, y fuerza es convenir en que merecía ser estimado. Hombre de agigantadas fuerzas, de las que, dicho sea en honra suya, nunca abusaba; de noble corazón y altos pensamientos y admirable instinto, característica cualidad de nuestro pueblo, profesaba á su hijo un cariño profundo, eso sí, pero al mismo tiempo severo; cariño verdaderamente de padre; tierno esposo; amigo de sus amigos hasta el sacrificio: tal era Andrés.

En cuanto á Mónica, creía en Dios con fe sencilla; oraba á la Virgen con tierna confianza, y guardaba en su corazón un inagotable fondo de caridad cristiana, de que todos participaban, el pobre el primero: su ma-

rido y su hijo eran su mundo. Andrés la encontraba un defecto, un defecto solo: amaba á su hijo demasiado; pero Julián merecía muy cumplidamente el cariño sin límites que su madre le profesaba.

Era Andrés alcalde *perpetuo* de La Quintana, y un día presentóse en la aldea una pequeña columna liberal, al frente de la que cabalgaba un oficial de atezado rostro, de largos y retorcidos mostachos, de mirada atravesada y de alma más atravesada todavía. Acontecimiento era este de que estaban muy lejos de ser testigos diarios aquellos honrados vecinos, y el espanto se enseñoreó de todos los ánimos; que La Quintana, como los demás pueblos del valle, tenía fama de *muy carlista*: la semilla liberal no ha producido nunca frutos en el noble país montañés.

Exigió el oficial que se le presentara el alcalde, y



Andrés, que nada tenía por qué temer, no vaciló un momento en cumplir lo que se le mandaba. Dos mozos se habían fugado de la aldea y marchádose á los carlistas. El jefe de la columna declaró responsable al alcalde, y lo condenó á ser fusilado.

Testigo era, dos horas después, el alegre soto de La Quintana de un horribilísimo espectáculo: Andrés, pálido y tembloroso, esperaba la muerte, apoyado en el tronco de un árbol, mientras que á pocos pasos de distancia cuatro soldados cargaban sus armas. Oyóse la voz del oficial que gritaba *¡fuego!*, y antes que la detonación del arma mortífera, hendieron el aire dos gritos supremos: la esposa estrechaba delirante á esposo, y abrazaba convulso el hijo las rodillas del padre.

Ni súplicas ni amenazas fueron parte á separar el interesante grupo, y á la vista de tan desgarradora escena, los encargados de ejecutar el fusilamiento del desgraciado alcalde vacilaron; pero se oyó de nuevo

la misma orden, esta vez más amenazadora, y..... la orden se cumplió temblando: que el soldado español no es asesino. ¡Tal vez una misma bala vino á cortar el hilo de la vida de los que venían siendo hacia veinte años un solo sér!

Julián, á quien respetó el plomo homicida, vió caer á sus padres. Jamás nadie ha profesado á los suyos afecto más ardoroso ni más vehemente cariño; y, sin embargo, el triste y miserabilísimo huérfano no exhaló un gemido ni derramó una lágrima. Sólo, sí, la hasta entonces dulcísima mirada del pobre mozo se desencajó de improviso, tornóse de pronto amenazadora y terrible; pero al mismo tiempo serena, con una serenidad que daba miedo.

Luego se arrodilló y, contemplando un momento los cadáveres, depositó en ellos un beso; beso frío, helado; beso evidentemente de loco.

Al levantarse, pudo ver al oficial cristino que se alejaba lentamente á la cabeza de la columna. El desven-

turado montañés extendió en aquella dirección su mano, como si pronunciara un solemne juramento, y exclamó con acento sereno y firme:

--¡Me vengaré! ¡Oh, sí, me vengaré!

—Muy mal dicho, hijo mío—murmuró dulcemente á su espalda la voz del anciano párroco de la aldea;—*haré esto ó haré estotro*. Harás lo que Dios quiera.

III



GÓRDOVA, general en jefe del ejército liberal, embistió el 16 de julio de 1835 las líneas carlistas, que ocupaban á Mendigorria y que le esperaban tranquilamente con el Arga á la espalda. Empeñada la acción, no

tardó en decidirse en daño de éstas. Debióse tal vez á la imprudente confianza del general en jefe, que lo era entonces González Moreno; tal vez al extremado arrojo del ejército liberal, que, español al cabo, peleó aquel día con bizarrísimo denuedo.

Atacó Espartero el cerro de la Corona; Gurrea arrolló el ala izquierda, y el centro, dirigido por Córdova, consiguió igual triunfo, no sin vencer obstinada resistencia. Mendigorria fué ocupado por el enemigo, y los carlistas, perdidas sucesivamente todas sus posiciones, se atropellaron en el paso del Arga, estrecho el puente para tanta gente. Por él pasó Don Carlos, y el general carlista Bruno Villarreal fué el encargado de defenderle.

Andaba brava la pelea; el suelo era escaso; la ira mucha; las armas de fuego, acabadas como estaban las municiones, más servían de estorbo que de ayuda, y se acudió á la bayoneta.

Descollaba entre los defensores del puente un joven, casi un niño; y por su característica mirada, fija y tenaz, fácil hubiera sido reconocer en él al desgraciado hijo de La Quintana. A pesar del valor que desplegaba en la lucha y de que peleaba con el ardor de un voluntario y la serenidad á la vez del veterano más cumplido, parecía batirse por juego, como si reservara la fuerza de su brazo y el temple de su alma para una sola suprema empresa.

Bizarra y nada corta fué la resistencia, pero prolongarla un punto más era imposible; así lo comprendió Villarreal, y las cornetas tocaron retirada, que los valientes defensores del puente no oían, ó lo que es más posible, no querían oír.

En las posiciones de Cirauqui se renovó el combate, brioso siempre y encarnizado; pero el ejército liberal estaba entusiasmado con sus primeros triunfos, y pensar en arrebatárle la victoria era locura.

La lucha iba haciéndose individual á cada instante; la compañía en que Julián militaba encontróse de súbito, al trasponer una colina, con una columna liberal; y grande debió ser el furor del joven voluntario al reconocer en el que la mandaba al oficial que un año antes se presentara en La Quintana, causando su desgracia y dejándole huérfano, Julián se adelantó. Irra-

diaban sus ojos siniestro brillo, y vagaba en sus labios una sonrisa, mezcla indefinible de ferocidad y satisfacción. El oficial le reconoció á su vez, y tembló; que el recuerdo de un crimen no es buena compañía en los momentos del peligro.

—¡Oh, dejadme!—rugió el voluntario.

Todos, como obedeciendo á un acuerdo tácito, formaron círculo en rededor de los dos campeones. El oficial, que había recobrado su habitual sangre fría, llevaba trazas de no dejarse matar fácilmente; Julián, ágil como el corzo de sus montañas y feroz como el león de las selvas, atacaba á su adversario por mil partes con creciente saña. La bayoneta del voluntario carlista llegaba ya á tocar el pecho del oficial cristino, cuando un soldado, que había visto el peligro en que se encontraba su jefe, se interpuso, y asestó en el pecho de Julián un terrible bayonetazo.

Cayó el valiente mozo.

IV



AGRAVIOS inferidos á la noble España, á esta patria querida, por la que todos, justo es decirlo, carlistas y no carlistas, estamos dispuestos á verter nuestra sangre, llevaron á los españoles allende el Estrecho, á las salvajes playas que vieron un día la roja púrpura del Cardenal Cisneros, y el blanco penacho del rey D. Sebastián.

A mediados de enero todo estaba preparado en uno de los hospitales de Ceuta para recibir á los heridos que se esperaban. Los heridos llegaron con efecto, y llegaron también los enfermos, que el *cólera*, esa terrible enfermedad, compañera en España del liberalismo político, causaba más estragos en nuestro ejército que la espingarda del beduino. Orgullo da decir que nada faltaba. Veíanse sacerdotes, hermanas de la Caridad y médicos, hilas y vendajes, rimeros de comestibles, refrescos y cigarros. Allí, donde no llegaban los laureles de nuestro ejército, ó llegaban ensangrentados; allí, en medio de aquel cuadro de sangre y de tan espantoso caos de desventura, lo único que se veía claro era el ardiente patriotismo de los hijos de España y la caridad inagotable de las damas de esta hidalga tierra.

Tras breve espacio, los heridos y enfermos fueron colocados en colchones, y todo en el hospital quedó en silencio. Empezaba la obra de los médicos del alma y de los médicos del cuerpo.

En uno de los lechos agonizaba un viejo coronel, á quien las balas habían respetado en cien combates; pero que sucumbía en medio de 'acerbísimos' padecimientos, víctima de la terrible enfermedad. Incorporóse penosamente el anciano. Un sacerdote de cabellos blancos, de dulce y atractivo semblante, paseaba á la sazón por la vasta sala del hospital; rezaba en su breviario, pero al pasar por frente al lecho, levantó sus ojos del libro y posó en el veterano una dulcísima mirada. Hizóle este una ligera seña, como pidiéndole que se acercará, y el sacerdote voló á su lado.



—¿Me necesitáis, hijo mío?—le dijo con una tan tierna voz, que debió resonar en el atribulado pecho del moribundo como el acento de misericordia de un Dios bondadoso.

—Me confesé ayer.... ¡que Dios me perdone! pero siento aquí, en el pecho, una pesadilla que me mata. ¡Benedicidme!

Disponíase el digno sacerdote á satisfacer los piadosos deseos del anciano; empero, éste se adelantó, y estrechando entre las suyas, que abrasaba la calentura, la extendida mano del eclesiástico.

—Oid—le dijo.—Hay en un rincón de España un delicioso valle. Blancos pueblecitos le bordan á trechos; sírvele de cabellera un monte de encinas; orlan su frente nieves perpetuas....

El sacerdote le oía embebecido, y el moribundo, tras breve pausa, continuó:

—En aquel valle he cometido yo un horrendo crimen.....; asesiné á un hombre.....; mi víctima se llamaba Andrés, y su mujer cayó á su lado.

El eclesiástico, cuyo semblante habíase cubierto de cadavérica palidez á las primeras palabras del anciano, saltó entonces de la silla en que estaba sentado, como si le hubiera mordido una víbora; pero el coronel no pareció hacer caso de aquel tan brusco movimiento y prosiguió:

—Aquel hombre tenía un hijo; buscadle, padre mío,

y pedidle que me perdone. ¡Oh! la sangre de aquel hombre está aquí, goteando sobre mi pecho y ahogándome. ¡Benedicidme!

Cayó el moribundo sobre su lecho. La venerable faz del ministro del santuario se contrajo, y sus ojos amagaban saltársele de las órbitas. Lo que pasó entonces por su alma no lo ha dicho nunca, y sólo Dios y él pueden saberlo. Hubo un momento de vacilación, uno solo. Por fin se levantó, extendió sobre el enfermo su diestra mano y..... le bendijo.

El sacerdote se sobrepuso al hombre; el padre de almas venció al hijo, y el coronel, que ya no existía, durmió el eterno sueño, sin sospechar siquiera que había sido bendecido en su agonia por el hijo del desgraciado alcalde á quien asesinara en Valleumbroso.

V



o há mucho tiempo que, en el sitio mismo donde Andrés fué fusilado, oyó el que esto escribe, de los labios del venerable párroco de La Quintana, la historia que acabo de contar á los lectores de esta Revista; y aunque han pasado ya muchos años desde que acaeciera tan triste suceso, temblaba la voz de sacerdote y sus ojos se inundaron de lágrimas.—¡Era su historia!

JUAN GARCÍA SIERRA.



AL EGREGIO DEFENSOR DE PUERTA PIA

ALFONSO DE BORBÓN Y AUSTRIA DE ESTE

SONETO

Alzó la rebelión su frente un día,
 Y en la Eterna Ciudad se enseñoa;
 Ruge el infierno y su poder emplea,
 Por vencer al que bueno combatía.
 ¡A la negra traición su triunfo fía,
 Que no al azar de la marcial pelea,
 Y ante una turba desalmada, atea,
 Sucumbe el defensor de Puerta Pía!
 Si no pudo tu esfuerzo y tu coraje
 La arrogancia vencer del enemigo,
 Y te arrolló su bárbaro oleaje,
 Fué porque el pueblo mereció un castigo;
 Pero mañana, al perdonar su ultraje,
 El Dios de la Victoria irá contigo.

EL CONDE DE GUERNICA.

Enero de 1891.

PÁGINAS DE UN CARLISTA

POR F. SAGREDO Y ESCOLANO.

(Continuación.)



LIBRES ya los religiosos, la atención pública se reconcentró en mí, ó por ser el libertador, ó por ser la víctima: que siempre el pueblo es afecto á lo novelesco. Convertido en héroe popular, la imaginación

del vulgo me daba unas proporciones que la misma prisión aumentaba con su misterio. Si me hubiesen visto, todo habría concluído. No sucedió así, y formaba el asunto de las conversaciones en tabernas, barberías, mercados y plazuelas. ¡Y que los carlistas nosomos materia apta para sueños é ilusiones! ¡Dejarían los de Salamanca de ser de diferente pasta que los demás de España! Hasta el Gran Turco lo traían los salamanquinos con cien mil caballos en socorro de Carlos V, sin que el infeliz calzorras pensara en moverse de Constantinopla; no era fácil que me dejasen á mí teniéndome más inmediato, y firmes en tal sistema, me pintaban como un tigre feroz y sanguinario. Quiénes me colocaban de la noche á la mañana mandando numerosas partidas reconcentradas con astucia en los alrededores; quiénes, considerándome cual otro Empecinado, propalaban las ingeniosas estratagemas de que me había valido para fugarme. ¡Cuánto embustel! Me pusieron mote; me hicieron cabecilla, y me llamaban *el Madrileño*. Yo no podía evitarlo; con las noticias de mi nombradía, ansiaba más que ellos una buena jugarreta; pero los días pasaban, la causa seguía su curso y consideré una quimera burlar los centinelas del correccional, que establecido en el mismo edificio del presidio, merecía, y con razón, extraordinaria y exquisita vigilancia.

Aunque encerrados en grupos, reunían los presos

durante las horas de patio, á fin de que se distrajeran os unos con los otros. Apartado del juego, inconveniente siempre con los criminales, y sentado en un rincón, meditaba sobre mi desgracia, cuando se me acercó el contrabandista *Paquete*, cuyas ocurrencias solían reanimar mi ánimo abatido. Era aquel preso natural de Málaga, alto y buen mozo, con grandes patillas de chuleta, y de oficio curtidor; se había casado con una moza del país, y vivía extramuros de Salamanca. Las solitarias y abandonadas calles de la ciudad exaltaron su imaginación, y como los meridionales todo lo convierten en sustancia, el simple aspecto, entradas y salidas de tantas ruinas como contiene, vinieron á despertarle la endiablada afición que le dominaba á introducir tabaco y géneros prohibidos, al estilo de Andalucía; le pillaron en una, y la estaba pagando en otro estilo menos suelto. Delitos creados por la ley, no suelen ir acompañados de perversidad, cualidad que lo hacía desde luego tratable y simpático; *Paquete*, bajo este aspecto, no debía apreciársele en rigor sino como un hombre de bien; pero no dejaba de contribuir mucho á la simpatía su despejo natural.—*Madrileño*, me dijo con su gracioso acento, te veo cabizbajo y serio, y conviene hacer el pecho fuerte: los presos por antojo y *fantesta* de los hombres llega el día de Dios y salimos de aquí. ¿A qué llenarnos de ictericia y ponernos amarillos como canarios? ¿Para que se nos indigesten los ranchos? ¡Como si no fueran bastante las hormigas y las moscas que encontramos en las calderas! No hay que desanimarse; si nos vemos tan solos en el mundo como los espárragos es por que no nos cambiamos por aquella gente (y los señalaba con el pie). Allí los tienes jugando á la tángana como si no hubiese sucedido nada en el mundo, y el que menos ha mandado tres ó cuatro al otro barrio. ¿Qué pueden decirnos á nosotros? ¿Qué delito es opinar por el rey de copas ó por el rey de bastos? Porque tu rey tiene toda la facha de ser el de bastos; quiero decir..... que está por *el rigor* y por *la cachiporra*. En cuanto seas ministro voy yo á pedirte un destino para vivir sin trabajar en los pellejos.—

Así que cumplió los días de su encierro, y al despedirse de mí, me aseguró que lo consideraría un insulto si cuando me escapase (lo que él daba también por corriente) no buscaba en su casa el refugio que me ofrecía. Apunté las señas con el firme propósito de cumplir la palabra que me exigió; no era sensato despreciar un asilo que, en efecto, poseía muchas condiciones de seguridad, toda vez que á nadie conocía en Salamanca.

Semanas después de su salida, supe que se vendían en el patio pasaportes falsos á cuarenta reales, con sus sellos y requisitos. Adquirí uno, y me pasmó su perfección; hubieran engañado al más lince. Recibí también algunos recursos de mi familia, que el P. Prior de cierto convento hacía la caridad de venir á traerme en persona, y aunque no dejaron de repetirme que lo sabían todo por los dos frailes que se fugaron, y que se buscaban recomendaciones para los jueces de mi causa, sin duda fueron poco eficaces.

El mes de Agosto lo pasé con alguna esperanza, pero en Septiembre empecé á impacientarme; aprendí á tirar la navaja, con cuyo ejercicio iba conllevando el hastío de la ociosidad, hasta que la carta de un amigo que se atrevió á escribirme desde *Villanueva* me reanimó. No parecía sino que en ella vino envuelta la dosis de ilusiones que me eran tan necesarias. Confesaba sin rodeos que, teniendo decidido pelear bajo las órdenes de Zumalacárregui, suspendía el viaje; que no dudaba un momento de mi libertad, y que me diese prisa, pues quedaba esperándome para que fuésemos juntos. ¡Como si estuviera en mi mano el ir pronto á buscarle! Contesté aconsejándole la calma; le hice puntual relación de los acontecimientos que por fuerza habían de influir en la prolongación de la guerra, y temiendo que se marchase solo, le ocultaba el gran fondo de dificultades que yo tenía que vencer.

Salió por fin mi sentencia. A pesar de la carencia absoluta de antecedentes criminales, parecieron pena justa *cuatro años de presidio*. ¡Todas las culpas recaían sobre mí! Se dijera que el tribunal, á manera de fondista, trataba de cobrar de cualquier modo los cubiertos del festín, porque los frailes se habían marchado sin pagar. ¡Qué piadosa acumulación! De haberme fugado con toda la comunidad, mi prisión hubiera sido perpetua.

A consecuencia de tan concienzudo fallo, el 20 de Septiembre de 1834 me cargaron de hierros, y no contentos con el grillete, me juntaron por medio de una cadena á un viejo asesino, desapiadado, egoísta y brutal. Ibamos atraillados á todas partes, y faltó la armonía, que era la vida para los dos; yo me pasaba de complaciente, y se empeñó en mandarme; habló alto, y quise resistirme; pero tenía mucha fuerza, y entre bofetadas y coscorrones forzosamente tuve que ceder. Para mayor tormento, fuese por la edad ó por otras causas, padecía el abuelo cierta incontinencia; á lo mejor de mi sueño me despertaba bestialmente para que fuese con él á los determinados lugares, y no bien había vuelto á dormirme, cuando se repetía la penosa tarea. Sin otro remedio que luchar cuerpo á cuerpo contra la adversidad, devoraba en silencio la pesadumbre.

Mas no paró aquí: repartieron picos y palas, y todas las tardes nos llevaban rodeados de centinelas á trabajar en una fuente que construíamos en las afueras. El recuerdo de los mártires (lo confieso) dulcificaba con frecuencia mis sufrimientos; porque la compañía constante de aquel sér abyecto y envejecido en el crimen, me desesperaba; pero, sin embargo, nada ha y peor que amilanarse. En el mar de las desdichas y de los pesares, el cielo suele colocar la bonanza entre la misma furia de la tempestad.

Me lamentaba sentidamente de mi fatal estrella, cuando se le ocurre al Gobierno cambiar de jefe político. Escogieron para Salamanca un letrado de fama y de talento, que venía resuelto á plantear toda clase de reformas con la actividad y las ilusiones tan propias de los empleados cuando nunca lo han sido, y deseando darle un vistazo al presidio é inspeccionar los tra-

bajos, se presentó como de paseo, mezclándose entre nosotros. Al fijarme en él, á pesar de la distancia, creí conocerle; el cabo inmediato me sacó de la duda diciendo que, en efecto, era el mismo Sr. C.... que yo nombraba (1).

Rogué al viejo que viniese conmigo, para acercarnos con ánimo de hablarle, y no se negó, acaso porque se



lo pedía delante del cabo. Al oír aquel caballero que un presidiario le saludaba por su apellido, se volvió rápidamente y quedó suspenso, preguntándose sin duda dónde me había visto. —¿No recuerda usted ya al estudiante que revolvía libros en su despacho y frecuentaba su casa en la plazuela de la Leña? —¡Eres tú! —replicó con viveza. —¡Pero cómo te encuentras! Cadenas.... grillete.... demacrado.... sufrido. Muchacho, ¿qué has hecho? —Hacer.... nada; créame usted. Es que así tratan hoy á los abogados si dicen que tiene razón Carlos V. —¡Por carlista!.... ¡¡Imposible!! —respondió cual si rechazara un absurdo. —Voy á pedir tu causa; la veré y.... tranquilízate, que estoy aquí yo. Pero con una condición: que pronto, pronto.... no podré quitarte los hierros; dame algún tiempo. Tú mismo debes comprenderlo así.—

Me separé de él esperándolo todo de su rectitud y de su bondad, y volví á coger mi pico con alguna más resignación. Pocas cosas son indiferentes en el terreno de las dependencias; á los carlistas se nos tacha de *servilones*, pero es muy dudosa semejante cuestión: punto delicado que incita á repetir el conocido epigrama escrito en el collar de un perro:

*Soy del virrey del Perú.
¿De quién eres perro tú?*

Y es tan cierto, que apenas se retiró el jefe político, me vi rodeado de jefes y cabos, que á porfía deseaban enterarse de cuanto había dicho su *perro* superior. ¡Ah! ¡Entonces no era yo el infeliz presidiario! Hice

(1) Omito el apellido, por razones que el lector adivinará sin esfuerzo.

alarde de una confianza que estaba lejos de poseer, y con los ademanes del que domina la situación les aseguré que dentro de poco quedaría sin cadenas; comí el rancho con apetito, pasando la noche en los ensueños frecuentes en los presos, aunque los míos tenían bastante fundamento para que pudieran despreciarse como ilusorios.

Al día siguiente volvimos al trabajo, según costumbre, y á poco se nos acercó el director de la cárcel; lo conocía de vista, porque presencié mi entrada cuando los *charros* me entregaron. Si yo hubiera tenido experiencia del mundo, cayera en la cuenta de que su visita era en un todo igual á la que me hicieron los jefes y cabos el día anterior; es decir, que le contaron mis relaciones de amistad con el jefe político, y venía á congraciarse con la víctima, por lo que pudiera ocurrir. Advertí sus deseos de pegar la hebra, y tuve la malicia de callarme; el maldito empezó chuleándose.—Así se hace, *Madrileño*. ¿Sabes que manejas bien la piqueta? ¡Firme, chico! A mal tiempo, buena cara. ¡Y ve tül... *Un fiador te libraría, porque no mereces esa pena*. Pero me la has jugado con los frailes; me han echado un récipe por mi falta de vigilancia con los detenidos, y yo por mi parte no te fio. Lo mismo sería fiar los pájaros del aire y los peces de los mares.... *Y me da lástima*. ¡Si no fueras tan pillo! ¡Qué diantrel Para que veas que *te estimo*, he de darte uno de esos avisos que sólo se dan á los amigos. Y separándome del viejo todo lo que permitía la longitud de la cadena añadí por lo bajo:—Procura buscar el favor de tu paisana doña Jesusa, que como logres interesarla por tí, no necesitarás de fianza ninguna. Ella removerá con sus encantos los escrúpulos de nuestro jefe administrativo reciente, y aunque se te antojasen ananas y naranjitas de la China para postre, las tendrías, si tan preciosa tórtola tomase la cantinela; porque, hijo mío, ha venido á gobernar también á Salamanca.—Le pregunté donde vivía, y se retiró dando grandes risotadas, quizá por las graciosas cosas que se le iban ocurriendo.

Aquella noticia me sobresaltó, y empecé á augurar resultados más felices. A pesar de que no desconfiaba de las ofertas hechas, me pareció excelente idea apretarle las clavijas al Sr. C.... por etes medio íntimo. Las faldas han ejercido en la Historia un prestigio que estaba distante de serme desconocido; así es que al cuarto día (porque no pude contenerme) me dirigí al cabo, y con buenos modos le supliqué expusiese al superior correspondiente que parecía humanitario conceder á los infelices presos aquella comunicación que suele ser tan útil para mejorar su situación; que mi delito era político; que deseaba visitar cierta persona influyente de la ciudad, y que le confiaría particularmente su nombre si me prometía la reserva.

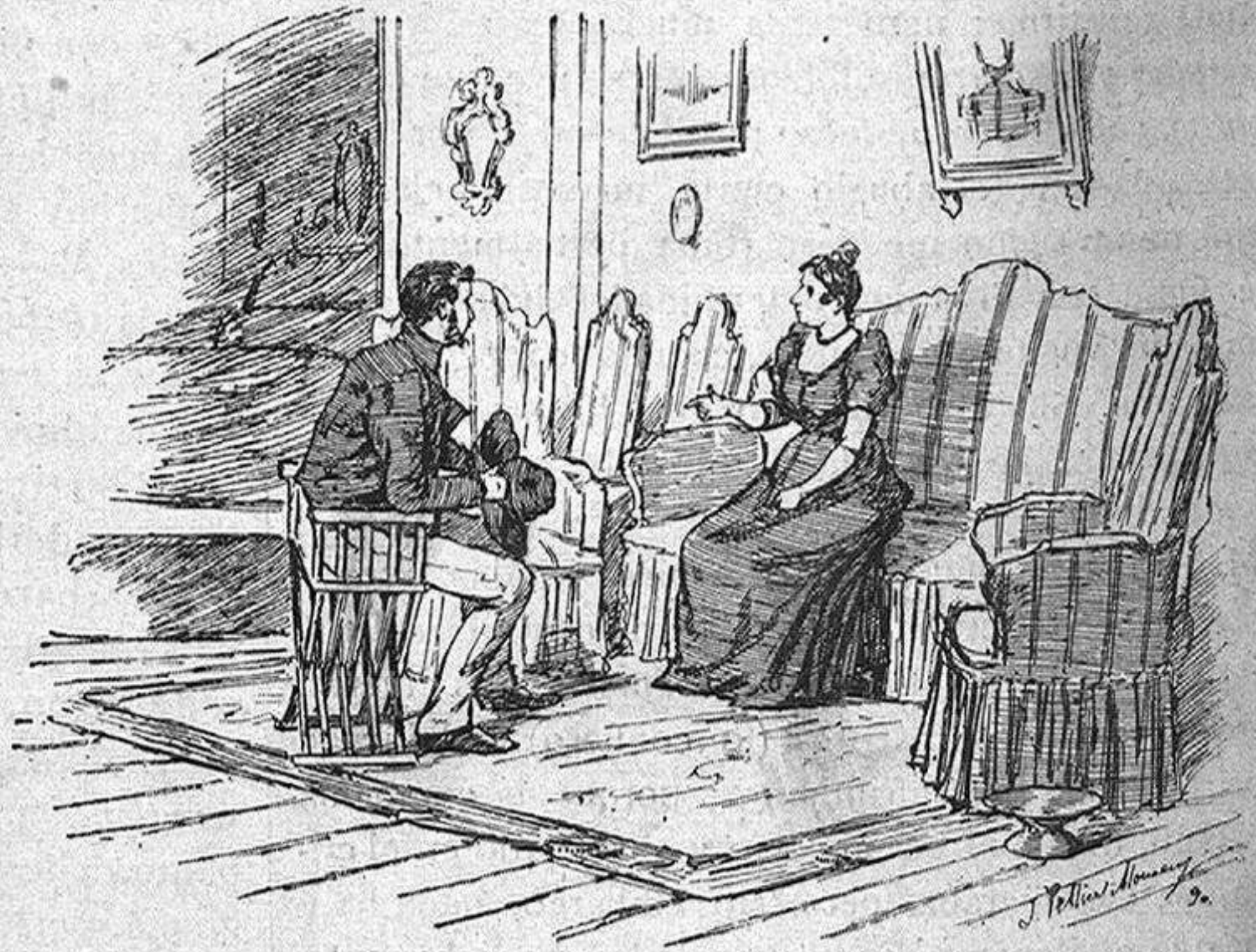
Cuando lo supo, exclamaba con risita falsa:

—¡Visitar á doña Jesusa! ¡Vuestro es el mundo, y uno

jamás saldrá de pobre cabo! No te creía tan ducho en gramática parda; pero, en fin, hablaré por tí, puesto que según dicen conviene tener amigos aunque sea en el infierno.

Obtenido el permiso, fui separado del viejo, y en compañía del mismo cabo salimos en busca del templo-habitación propio de la *sílfide*, *ninfa Egeria* ó *numen tutelar* que el nuevo gobernador salamanquino había traído de Madrid para que le ayudase á sostener el peso del gobierno. Estaba persuadido de vencerla con mis razonamientos, además de que había procurado ponerme lo más decente posible, á fin de no desmerecer en su concepto, y aun cuando eran las siete de la mañana, el motivo no permitía dilaciones ni esos miramientos de las visitas en libertad.

Entramos en la casa, y mi fama empezó á hacer su oficio, pues al momento salió mi protectora con grandísima curiosidad por conocerme. Una elegante bata color perla á mangas perdidas le dejaba lucir muy bien los torneados brazos; el pelo en desorden, y como de recién levantada, contribuía á que se disfrutase por completo la belleza natural de sus facciones, dándole todo el aire de una beldad salvaje ó de paraíso. ¡Qué mujer más perfecta! Al verme exclamó poseída de asombro:—¡Pero es usted! ¿Es usted al que en esta ciudad llaman *el Madrileño*?—El mismo, señora—respondí.—¡Dios mío! ¡Pero si es una criatura! ¡Qué dolor!—añadió juntando las manos cómicamente.—¡Tan joven y ya partidario del fanatismo! Venga usted conmigo replicó, como si se le ocurriese de repente una idea luminosa;—y usted permanezca tranquilo, señor cabo, que no se escapará.—Y mientras mi guarda-



dor quedaba sentado, hecho un doctrino, raspando los ladrillos con la vara, yo iba detrás de mi paisana en cantadora envuelto en la deliciosa atmósfera de sus esencias y sus perfumes.

Así que estuvimos sin testigos, me obligó á sentarme, y yo lo verifiqué modestamente en una banquetilla de terciopelo que me permitía hablarle más de cerca. Lejos de disgustarle mi humildad, continuó en su tono afable y cariñoso. A las pocas frases comprendí le com-

placía se ocupasen de ella: aspiraba al renombre. Entonces me dolió que el comandante militar se adelantara á perdonar á los religiosos, no dejándole á doña Jesusa otro campo para lucir sus piadosas bondades que el desperdicio de mi personilla. Ciertamente favoreciéndome podía contar con las simpatías de *la gente del bronco*, porque yo era popular; pero si los frailes le hubiesen debido su libertad, el aplauso de la nobleza y del alto clero, de seguro le ofrecieran un éxito mucho más ruidoso que el mío. Tenía que habérmelas con una hermosura romántica, y no me corté; los ranchos del presidio son favorables para esta clase de poesía, y me adornaba desde luego un color pálido muy interesante. Mas cuando en el lleno del sentimentalismo trató de inquirir mañosamente los móviles de mi conducta, creí deber salir de mi silencio.—¡Ah, señoral—le dije, llevando las manos al pecho y como contagiado de su propio espíritu de ficción—¡no pretendáis descubrir los secretos impulsos que me han precipitado en el abismo de mi desgracia! ¡Levantar ese velo me horroriza!—Y como que lo acerté—contestó;—pero no podéis evitarlo: nosotras sabemos leer perfectamente en ese libro que se llama corazón humano; tu aspecto me lo ha revelado todo. Ya no puedo mirar en *el Madrileño* el partidario terrible, sangriento, feroz y cruel que me pintaban y que me ha dado tan malas noches, sino la víctima inexperta envuelta en las redes de la teocracia y del oscurantismo. ¡Qué hombres! No reparan en medios. ¡Valerse hasta de los niños! Por fuerza te han seducido, hijo mío.—

A oír el remate de su discurso, creí morirme de risa, y se me ocurrieron muchas cosas que supliría el piadoso lector; no obstante, le dije que sí; que en efecto me habían seducido, evitando llevarle la contraria. Después pasó á explicarme el modo más eficaz para conseguir mi libertad, reducido todo él á vanas amonestaciones sobre la resignación, la calma y la obediencia á las autoridades constituidas; sobre esta última circunstancia insistió notablemente. Que éramos en rigor dos buenos cómicos, no cabe discutirlo, aunque siempre con la diferencia de que á ella no le costaba trabajo y yo representaba por primera vez mi papel de romántico, no poco dificultoso de estudiar, siendo como es *el arte del liberalismo*. Finalmente, después que ambos hubimos charlado por los codos de todas las ideologías que se le ocurrieron, acabé por despedirme en los términos más atentos, dejándola satisfecha y persuadida de que su *pequeño enemigo*, como dió en llamarme, tenía por lo menos tolerancia y buena educación.

Volví á la cárcel, y ¡oh bendito efecto del influjo que aquella vez favoreciste la justicia! No pasaron cuatro horas desde la entrevista, cuando de orden superior me quitaban toda clase de hierros y cadenas, tanto, que para quedar completamente libre sólo me faltaba salir á la calle. Resolví aprovecharme del atolondramiento que produce la sorpresa, tratándose de unos hombres que, como mis guardianes, andaban ya confusos y aturridos; la orden llegó poco explícita: si bien disponía mi libertad, no señalaba el sitio donde debía

permanecer. Un preso sin cadenas, ¿qué hace en un presidio? Aquello estaba pidiendo rapidez. Para conseguirlo mejor, le decía al cabo con frescura:—He aquí un momento en que las personas desean cumplir como es debido. Yo te daría ahora cuatro ó cinco duros por tus servicios y por tu complacencia en acompañarme á las visitas, con lo que podrías echar en mi nombre una canita al aire; pero me encuentro sin dinero. El padre prior amigo mío debe ya haber recibido alguna cantidad de mi familia; vive ahí cerca, como sabes, y pronto estoy de vuelta, si es que puedo salir.—Pero como bajó la cabeza y quedara pensativo, mudé de tono.—¡Qué! ¿Temes algo de *el Madrileño*? ¿No has visto, desventurado, qué pronto me habéis quitado vosotros mismos el grillete? ¿Dudas que el jefe político y yo somos uña y carne? Tú te lo pierdes.... El tiempo te convencerá.—

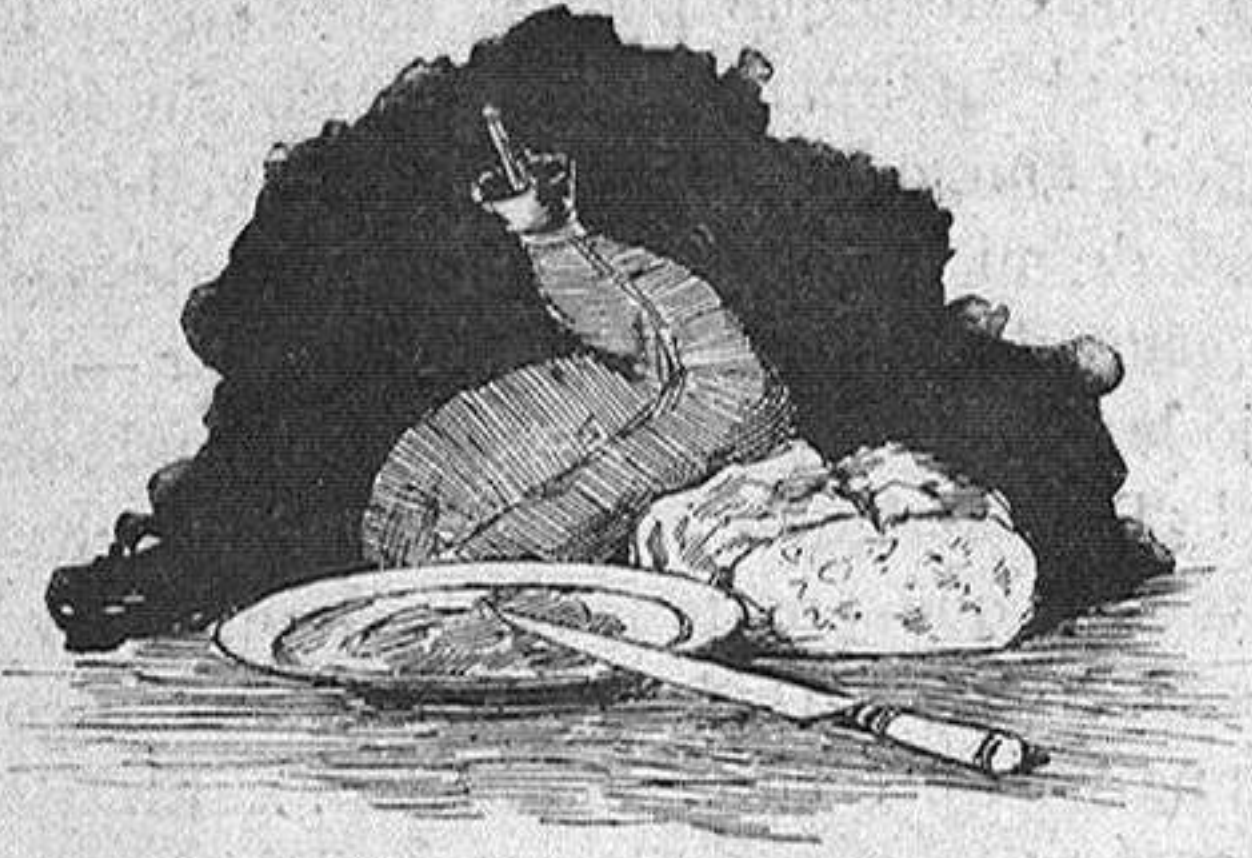
Reflexionó breves instantes, y consintió en la salida, encargándome mucho que volviese pronto y que no le comprometiera. Siendo lo principal perderse por aquellas callejuelas, me planté fuera de la cárcel, aun sin sombrero, y en menos de un minuto entraba triunfante en la casa de mi amigo el curtidor, cuyo camino me había enseñado él mismo dibujándome las calles en un pedazo de papel.



Al verme *Paquete*, tiró la herramienta con que trabajaba y nos abrazamos con la mayor alegría.—Una tortilla y una libreta, sobre la marcha; no exijo más de tu amistad.—Como quieras—me respondió;—pero ¿á qué tan a prisa? Han de revolver media España antes que puedan dar con el escondite que tengo reservado para ti, y en el que puedes muy bien descansar diez ó doce días.—No, no—le interrumpí prontamente.—Prescindiendo de lo peligroso que es permanecer en donde por fuerza han de buscarme, me espera un amigo en *Villanueva* y me es imposible complacerte.

A la tortilla y al pan quiso añadirle *Paquete* una bota de excelente vino, un sombrero que me hacía falta, y lamentando mi vehemencia, no rehusó valeroso

(como tantos otros hubieran hecho) venir á enseñarme el camino de Zamora, y allí nos separamos, deseándonos recíprocamente toda clase de prosperidad y bienandanza, por si acaso no nos volvíamos á ver, como en efecto sucedió.



NUESTROS GRABADOS

Cromo del presente número.

A la derecha del que mira, bandera del Batallón de Segorbe, núm. 18, cogida en Portugaleta el 22 de Enero de 1874. Debajo, bandera cogida al enemigo el 12 de Abril de 1875 en el asalto del fuerte de Aspe, por fuerzas vizcaínas al mando del Coronel Isasi, toda ella manchada de sangre de los artilleros enemigos.

En lo alto del centro fusiles, roses y cornetas del enemigo. En el centro, abajo, espada de brigadier, cogida en el campo de batalla de Lácar; otras espadas del enemigo; estribos, espuelas y mochillas, igualmente de las fuerzas contrarias: sobre el arca (que contiene los uniformes de campaña del Rey), á la derecha, colección del periódico *El Cuartel Real*, estuche con los collares del Toisón de Oro, Carlos III y Gran Cruz de San Fernando; proyectiles del enemigo y casco de granada que reventó á los pies de Carlos VII en Montejurra; modelo de morteros, y entorchados del Brigadier Delatre, cogidos por el General Castells en el Alto Aragón. A la izquierda, en lo alto, bandera cogida al enemigo el 15 de Enero de 1875, en el asalto y toma de Molina de Aragón por las fuerzas del Centro; debajo, bandera del fuerte de Estella, cogida al enemigo en 24 de Agosto de 1873.

Archiduquesa María Inmaculada.

(Pág. 1.)

Es esposa del Archiduque Carlos Salvador, cuyo retrato publicamos en el número anterior, y por lo tanto madre política de Doña Blanca. Nació el 14 de Abril de 1844. Es hija de Fernando II, Rey de las Dos Sicilias, y hermana del Rey de Nápoles Francisco II.

Batería de Solocoeche.

(Pág. 4.)

Batería para dos piezas á cañonera oblicua.

El espaldón tenía seis metros de espesor y 2'50 de altura sus taludes y caras de las cañoneras estaban revestidos de tepes. Un muro de mampostería de cuatro metros de altura cubría la batería de los fuegos de enfilada por la izquierda. En la gola tenía un cuerpo de guardia para diez hombres.

El espacio en esta batería y la de Iturribide estaba cerrado

por un muro con aspilleras de 2'50 de altura y uno de espesor. Su foso, de dos metros de profundidad por 2'50 de anchura, corría á lo largo del recinto. La banqueta de tierra estaba en escalones en los frentes quinto y sexto, á causa de la excesiva pendiente del terreno. Un camino de ronda ponía en comunicación ambas baterías y permitía el acceso á cualquier punto del recinto de Iturribide.

Interior del reduto de Arandigoyen, sobre Villatuerta.

(Pág. 5.)

Es un apunte tomado del natural por el entendido dibujante Sr. Lagarde. Del papel que desempeñó en la guerra civil, ya se ha hablado en la reseña de las operaciones de Navarra.

Hijo y padre.

(Págs. 7, 8, 9, 10 y 11.)

La ilustración de este interesante episodio es debida al renombrado artista Sr. Pahissa, y las iniciales son del hábil dibujante Sr. Pellicer Monseny.

Páginas de un carlista.

(Págs. 12, 13, 14, 15 y 16.)

En este número queda finalizada la segunda parte de este interesante episodio. Falta la tercera, que publicaremos sin interrupción desde el número próximo, la cual seguirá ilustrando el Sr. Pellicer Monseny.

LIBROS RECIBIDOS

Es preciosa la colección de poesías que con el nombre de DELIRIOS ha dado á luz D. Lino González Ansótegui.

Son tan ricas todas ellas en imágenes poéticas, que no podemos menos que felicitar á su autor, al darle las gracias por su galantería de remitirnos un ejemplar de su inspirada obra.

Expéndese ésta en la imprenta de José M. de Herrán, Palencia, al precio de 50 céntimos de peseta el ejemplar.

Brindis pronunciados en el TE con que celebraron los Alféreces-Alumnos de Infantería el día de su Excelsa Patrona la Inmaculada Concepción.—En prosa y en verso, y en todos predominando la nota patriótica, si se descartan de algunos de ellos ciertas frases subversivas á nuestros oídos, resulta su colección un libro que refleja los nobles sentimientos que animan al ejército español.

Los pronunciados por el ilustrado director de los ESTUDIOS MILITARES, D. Casto Barbasán, y el Comandante-capitán de Ingenieros D. Pablo Parellada, constituyen dos brillantes apologías de la patria.

HERMOSAS TAPAS

en percalina y dorados para encuadernar el primer tomo de esta Ilustración: 3 pesetas. Incluyendo la encuadernación: 5 pesetas.

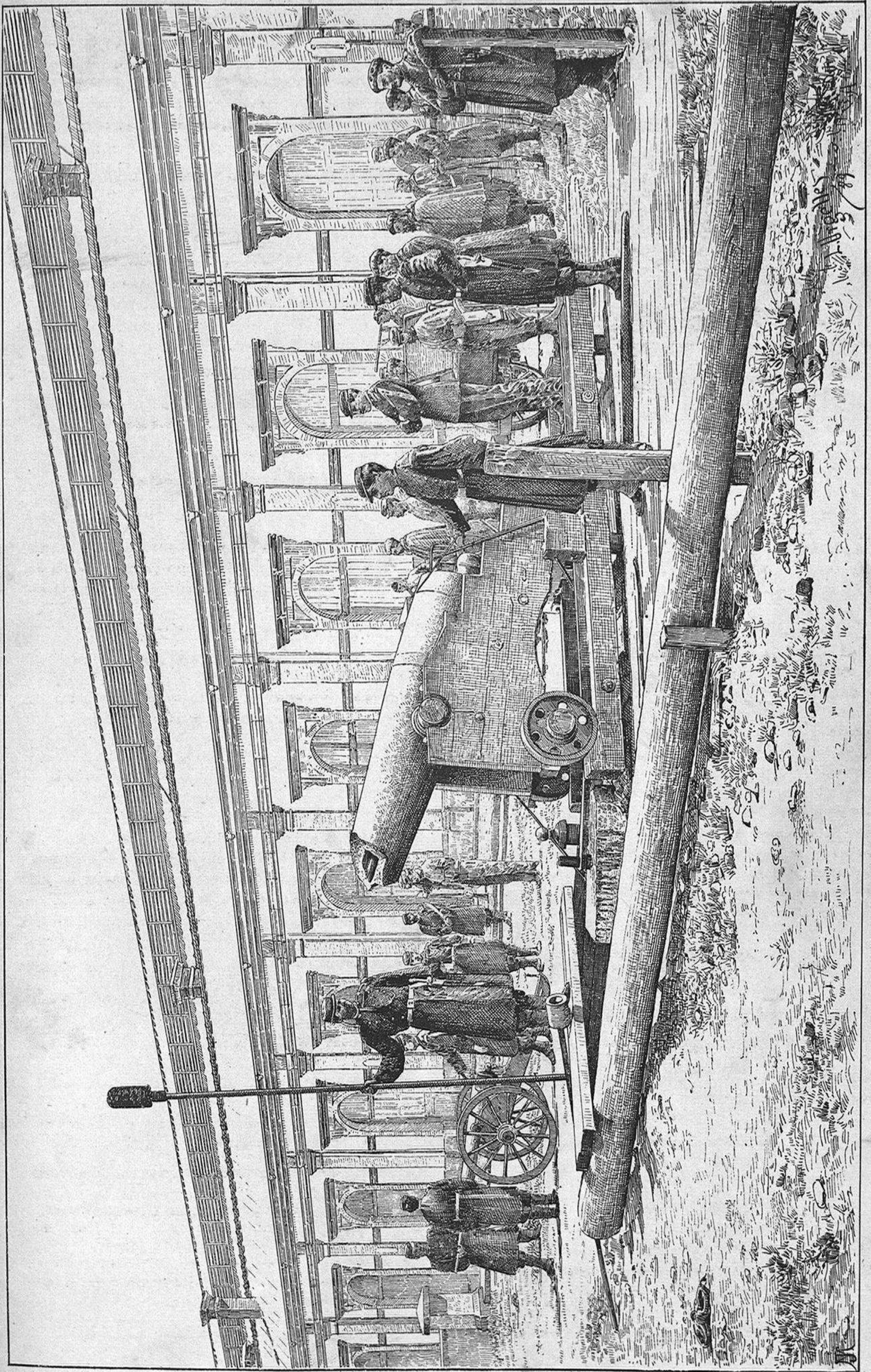
La colección encuadernada: 18 pesetas. Con corte dorado: 21 pesetas.

Las mismas tapas, dispuestas para guardar el número corriente de EL ESTANDARTE REAL, ó sea con cantoneras de metal y botones dorados: 5 pesetas.

Los portes van por separado.

Dirigir los pedidos á esta Administración ó á los señores Corresponsales de la misma.

Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.



SITIO DE BILBAO EN 1874. — BATERIA DEL CHORITIQUE

